

# Vivo en nombre de los caballos

Antonio Mochón



**PRIMERA EDICIÓN:** mayo 2023

© **DEL TEXTO:** Antonio Mochón, 2023

© **DE LA EDICIÓN:** Macleín y Parker, 2023

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

**EDICIÓN Y CORRECCIÓN:** Macleín y Parker

**DISEÑO COLECCIÓN Y MAQUETACIÓN:** Antonio Abad (Macleín y Parker)

**IMPRESIÓN:** Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

**ISBN:** 978-84-126927-0-9

**DEPÓSITO LEGAL:** SE-832-2023



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

# Prólogo

*Juan Manuel Gil*

COLMENA Y ENJAMBRE

Escribo estas palabras con una certeza entre los dedos: es imposible invocar la fiereza y la mesura de estos poemas de Antonio Mochón. Qué clase de sortilegio o hechizo habría de formular yo aquí para lograr algo parecido. Dónde, ya sea dentro o fuera de mí, debería buscar con el fin de hallar un poco de su mirada o de su pulso, de su celebración y desencanto. Cómo podría desordenar mis emociones para que galopasen, jadearan y lamieran del mismo modo que lo hacen sus textos. Por suerte, encuentro un extraño consuelo en la convicción de que no es ese mi cometido y, a la vez, se cruza en mi camino uno de sus versos: «Qué pena no ser otra cosa que esto». Porque, mientras leía y releía *Vivo en nombre de los caballos*, me he sumido en ese raro desvelo que acostumbra a traer consigo la íntima revelación; esa que Antonio Mochón parece atrapar en muchísimos de sus versos.

No tardo en darme cuenta de que este libro es una colmena que en ningún momento deja de ser enjambre; que genera ese prodigioso orden que únicamente puede hallarse en las cosas que nunca dejan de estar

en movimiento: el viento, el humo, el agua, el miedo, la sangre, el deseo, el tiempo. Estructurado en tres partes —tres lúcidas y honestas *decepciones*; es así como las llama—, el libro te posa sobre una superficie cuya firmeza es la respuesta al incansable vértigo que nos acecha: la vida en pareja («nosotros dos: industria de este tiempo / implacable y acostumbrado / a aplastar dioses con matamoscas»), el peligroso bálsamo de la nostalgia («este día de luz / aquella tarde de sombra»), la irrevocable compañía de la muerte («por aquí entra la muerte como un viento»), la convivencia del amor y del terror («Mi hijo es un diálogo / entre mi necesidad de amor / y mi miedo a la muerte»), y la celebración del deseo, siempre insuficiente («estos cuarenta soplos de dulzura / tras el Jordán de tu vagina»). Es así como Antonio Mochón dibuja magistralmente un tablero de situaciones, emociones y pensamientos que el lector no tardará en asumir como extraño y propio. Es así como comienza un diálogo que no termina nunca.

«No nos ha ido tan mal y casi / hemos vuelto a ser niños. / ¿No se trata de eso?». Mientras subrayo versos y anoto comentarios en el costado de estos poemas, me formulo la misma pregunta una y otra vez: *¿No se trata de eso?* De volver a sentir esa irreverente intensidad que el paso del tiempo domestica con su lengua; de encontrar en nuestra cotidianeidad la fisura que nos da acceso a nuestra particular y única trascendencia; de devolverles humildemente su lugar a los animales, a las montañas, a los otros niños que también son los nuestros, que también somos nosotros. Es

precisamente ahí, en ese mundo compartido, donde nuestro desconcierto pesaba algo menos que ahora, así que, claro, ¿por qué no?, ¿por qué no volver?, a fin de cuentas, *¿no se trata de eso?*

Insisto: mientras subrayo versos y anoto comentarios en el costado de estos poemas, veo la hormiga y ella me ve a mí («regreso hacia la hormiga del lavabo / —otra idealista— a que me diga, adiós, mi hijito, ande usted sin miedo), guardo silencio ante la quietud del ciervo («Shhh, un ciervo nos está mirando»), me resigno a la paciente e inexorable lengua del buey («¿Tan pronto fuimos lamidos por el buey?»), sigo la estela invisible de un mosquito que no hace otra cosa que vivir (una mujer nos canaliza el firmamento, / nos amamanta, ¿ves?, / como un mosquito cumple su destino), libro mis penas como bien puedo (o «como un carnero más»), y ansío por encima de casi cualquier cosa el sosiego en mitad de tanta inquietud («Yo solo quiero ser un mono tranquilo, / un gorrión tranquilo, / un niño que se muere tranquilo, / que está tranquilo y se muere.»). Hay una precariedad hermosa, una pobreza deliberada en su eficaz manera de buscar la belleza. Así que irremediablemente lo vuelvo a hacer: subrayo versos y anoto comentarios en el costado de estos poemas, hasta que dejo de tenerlos delante y asumo que se me han atrincherado dentro.

La poesía de Antonio Mochón no solo dice. Hace. Yergue. Empuja. Nos sepulta y nos socorre. Nos enfrenta a las preguntas existenciales de quién soy yo y qué hago en este mundo. Y es ahí, en la búsqueda de

cualquier respuesta, donde el poeta, sumido en su cotidiano extravío, sabe que el miedo, el deseo, la muerte, la zozobra, los hijos, el matrimonio y su singular mirada sobre los detalles que conforman cualquier plenitud constituyen las coordenadas del lugar que habita y desde el que se piensa y se nombra a sí mismo. Para ello viaja a través de un deseo que hace equilibrios entre lo fiero y lo insuficiente; a través del cuerpo, propio y ajeno, como templo acostumbrado de nuestra vida; y a través de la contemplación asombrada del otro —ya sea la pareja, el hijo o cualquier persona—, en la que se ilumina la escasa heroicidad de nuestro día a día. Es probablemente ahí, en ese elogio contenido de la carencia existencial donde *Vivo en nombre de los caballos* estremece con mayor intensidad, donde alcanza una perturbadora hondura. El fracaso, el desencanto, la frustración y el miedo son algunos de los peldaños esenciales que nos llevan a asomarnos a esa belleza que refulge poderosamente en su —nuestra— vida cotidiana, convirtiendo cada poema, casi cada verso, en una posible respuesta a la pregunta de quién es realmente ese yo poético que se confiesa —en definitiva, quiénes somos—, a través de una constelación de deseos y temores que determinan sus actos, pensamientos y sueños.

*Vivo en nombre de los caballos* es un lúcido, pleno y lacerante libro que trasciende de la manera más bella posible: siendo honesto con esa vida que tan pronto nos abraza como nos zarandea; siempre buscando bajo la piel, pero sin olvidar, claro, que lo importante es precisamente esa piel.

**Vivo en nombre  
de los caballos**

*A mi mujer y a mis hijos,  
por creer en mí,  
por darme existencia*



Querido diario, ten piedad de mí, y escúchame.

ANAÏS NIN

Aquí estoy. Vivo en nombre de los caballos.

NICHITA STĂNESCU

PRIMERA DECEPCIÓN:  
«SHHH, UN CIERVO  
NOS ESTÁ MIRANDO»

Que ahora te volvieras y saltaras  
los millares de cuerpos (solo uno)  
que nos separan, esa rotunda cordillera  
de escarpadas pendientes (un bebé),  
y posaras tu mano  
como una unción orgánica,  
vivir es recordar,  
—como el niño de Nietzsche, un sol hindú,  
un respirar pausado y denso—,  
la posaras aquí,  
quirúrgica y exacta,  
sobre esta región escamosa y aún fértil;  
y funcionaríamos, danzarines los dos,  
—Fred y Ginger, Enkidu y Gilgamesh,  
Antonio y Leonor, Charles y el *post-punk*—  
nosotros dos: industria de este tiempo  
implacable y acostumbrado  
a aplastar dioses con matamoscas;  
que ahora bracearas hacia mí  
y comenzara el canto de las cosas,  
nuestra contribución de clase ociosa,  
sin casa, sin futuro, sin servicio doméstico,  
—nuestra *Shoah* financiera—  
pero tú y yo aquí, viejos, y en el alambre juntos,

a través, por encima de mil cuerpos  
como esos pájaros que miran  
la creación con ostentoso empacho.

La persiana del bar  
me habla kantiano. Siete treinta.

El chapoteo del aire  
en los dos panecillos blancos  
de tus dos muslos blancos.

Polilla bajo mantas.  
Eso me absuelve, por eso no huyo:  
me quiero cobarde.

Señales de lo frágil, yo os celebro  
en cada insuficiencia:

la beatería de mi pecho arrítmico,  
su Antiguo Testamento;

estos cuarenta soplos de dulzura  
tras el Jordán de tu vagina.

Y las nubes.

*También un mugido es silencio y nostalgia*

este día de luz  
aquella tarde de sombra

todo enjambre de besos apertura  
a un cosmos de bolsillo

la luz es necesariamente poca

aspiración a lo poco  
consuelo de migaja